

TRANQUILA, NO SE PREOCUPE...

Margoth Torres de Rubio

Hacia el mes de marzo de 1982, después de una reunión social, sentí dolor abdominal, y tuve vómito y diarrea. Tal dolor fue atribuido fácilmente a una amibiasis. Consulté telefónicamente al médico, quien por los síntomas me formuló las drogas recomendadas en estos casos. El malestar general se prolongó durante toda la noche, impidiéndome asistir al trabajo al día siguiente.

Mi opinión, en cuanto a la causa de este trastorno, fue confirmada posteriormente por el médico, lo cual me tranquilizó. Sin embargo durante el resto del año 1982 presenté tres crisis semejantes que, como era lógico, atribuía a las amibas. Mi estado de salud en general era bueno, aunque no óptimo, por cuanto continuamente tenía diarrea y dolores abdominales.

Un año después presenté otra crisis con los mismos signos y síntomas, ante la cual resolví automedicarme. Estaba segura de que continuaba la amibiasis, y según mi criterio, no tenía necesidad de visitar al médico, pues creí que él confirmaría el diagnóstico y ordenaría el mismo tratamiento que, de por sí, es desagradable.

En el mes de junio y a propósito de la celebración del día del padre, ingerí comidas grasas y licor; volví a presentar el mismo cuadro, por lo cual me apliqué el calmante acostumbrado. Como los signos y síntomas volvieron a ceder, hice caso omiso de ellos.

Solamente ante las presiones de mi esposo, decidí visitar al médico. Las citas coincidían con actividades del trabajo, para mí "más importantes" y fácilmente las posponía. Por fin dispuse de un tiempo, y le comenté al médico que ya no creía en la "colitis amibiana" ni en el tratamiento, que había recibido seis veces, sin remisión de los síntomas. El examen fue muy completo y me ordenó radiografía de vías digestivas altas y pastillas para el dolor.

Nuevamente las actividades docentes y mi positivo estado de ánimo disminuyeron la importancia que estos exámenes tenían para mi situación de salud, de

*Profesora asistente. Facultad de Enfermería, Universidad Nacional de Colombia.

tal forma que una vez más los aplacé durante un tiempo. Con algún esfuerzo acudí al examen ordenado, pero sólo una semana después regresé por el resultado, el cual para satisfacción mía no reportó ninguna alteración.

En la consulta de control y ante el resultado, el facultativo resolvió enviarme a un especialista: "Es urgente que acuda a él", insistió.

Para seleccionar el especialista demoré 15 días. La experiencia durante esta consulta fue diferente a las anteriores; mientras esperaba ser atendida, me sentí deprimida y ansiosa, aunque en ningún momento imaginé el diagnóstico. Durante el examen la ansiedad aumentó y terminé llorando.

Los datos obtenidos no fueron suficientes para un diagnóstico y fui remitida a endoscopia. ¡Qué susto! Empecé a pensar que "la cosa" no era tan sencilla y además ya sabía en qué consistía ese examen. No tuve tiempo de divagar para pedir la cita, porque ese mismo día me indicaron la fecha. La preparación fue muy desagradable e inútil, ya que al asistir a la endoscopia tuve conocimiento de que no se podría practicar porque ésta había sido insuficiente.

Esta prueba fue profundamente dolorosa para mí, no sólo por la posición exigida para realizar el procedimiento, sino por el sentimiento de agresión y de profanación a mi intimidad; realmente, me sentí muy mal y preocupada. La actitud del médico no me ayudó en lo más mínimo, el único comentario que hizo fue: "Bájese y vístase".

Ordenó una nueva endoscopia, a la cual no pude escapar; requería igual preparación, la cual cumplí "al pie de la letra", porque en vacaciones no tenía excusa para aplazar el examen como lo había hecho en otras oportunidades.

¡Qué vacaciones!, llevaba 8 días sin ingerir alimento sólido y lógicamente no podía salir a ningún sitio. Llegó el momento de la endoscopia; me sentía un poco intranquila, nuevamente se repitieron los pasos del procedimiento y mis sentimientos volvieron a surgir.

Para disipar la ansiedad del momento y las molestias del examen, opté por establecer conversación con el médico, quien respondía con monosílabos, a la vez que pedía los instrumentos necesarios. "Le tomaré una biopsia", comentó. No estaba segura de si sentiría dolor, pero sí recordaba que una biopsia está indicada cuando hay sospecha de alteraciones tisulares. No lloré, pero mi respiración se aceleró y empecé a sudar.

La auxiliar se hacía sentir diciendo: "Tranquila, respire, relájese". Pensaba... "no es la clase de apoyo que se requiere en una situación como esta". ¡Cuánto añoraba la presencia de una persona capaz de comprender realmente lo que yo estaba viviendo!

Una vez terminado el procedimiento pregunté: "Doctor, ¿tengo algo fuera de lo normal?, ¿cómo está eso por allá?". "Estoy descartando diagnósticos", respondió. "Además le ordenaré una radiografía de colon por enema"; ¡Terrible...! yo le tenía horror a este examen, ya había pasado por esa experiencia hacía más o menos 8 años.

A pesar de lo desagradable acudí al laboratorio en el día y hora indicados. Aunque me sentía apoyada por la compañía de mi esposo, la ansiedad aumentaba con la espera. Una vez ingresé al examen, empecé a llorar. La "enfermera" repetía continuamente "¿Por qué llora?, tranquila, eso no es nada" y procedió a aplicarme un calmante. Cerca de mí se encontraba otro paciente que se quejaba de un dolor intenso. De repente le pregunté qué le sucedía y respondió: "Esa radiografía de colon..." Inmediatamente aumentó mi angustia, me preguntaba una y otra vez, ¿reaccionaré así? La "enfermera" al ver mi actitud me decía, "tranquila, este paciente se porta así porque tiene un tumor". Hice un esfuerzo por calmarme, aunque no sabía lo que me esperaba. Llegó el momento. La experiencia fue espantosa. Las posiciones necesarias para el examen son de las más incómodas y molestas, hasta el punto de quedar con la cabeza totalmente hacia abajo en algunos momentos. La aplicación del medio de contraste y el aire que insufla, son casi intolerables. Los cambios de posición necesarios para distribuir el medio de contraste en el intestino, agravan todo lo anterior.

El radiólogo entraba, salía, decía, "más aire, otra placa". Nadie se acordó de la persona que estaba en la mesa, ¡qué sensación de soledad y abandono! Al final estaba mareada, tuve que descansar un poco. Pregunté por los resultados, a lo cual me contestó secamente: "tome, llévelo de una vez", no se dirigió hacia mí como a una persona que enfrenta un problema vital, sólo era importante dar un diagnóstico perfecto. ¿No era un ser humano con expectativas, familia, futuro?

Con el sobre en la mano y al verlo abierto, no pude menos que leer el resultado: "Adenocarcinoma del sigmoide". Soy incapaz de describir lo que sentí. Estallé en llanto. Mi esposo se asustó, no sabía qué hacer o decir, solamente expresó ¡No es posible!, hablemos con el médico y esperemos el resultado de la biopsia; vamos a otro médico... En segundos pensé: "Yo con ese diagnóstico?, ¡no es posible! ¿yo, por qué a mí?, ¡yo soy una persona sana!". Pasaron por mi mente muchos de los pacientes a quienes atendí y alcancé a comprender la angustia de aquellos. No concebía ese diagnóstico en mí. En ese momento, ni siquiera me acordaba dónde quedaba el sigmoide. Me imaginaba con una colostomía... mi piel color tierra... ya muerta. Pensaba en la suerte de mis hijos, la casa, la familia, mi pobre esposo, en fin, todo aquello alrededor de lo cual gira la vida de una mujer casada y además con responsabilidades de trabajo.

No podía llegar a la casa llorando ni tan angustiada porque mis hijos preguntarían la causa. ¡Cómo involucrarlos en esta realidad tan dura! Siempre había pensado en lo doloroso que sería perder la mamá; ¡cómo someter a mis niños a esa perspectiva!

Más tarde, un poco más serena, pensaba y me preguntaba una y otra vez: ¿Por qué a mí? ¿Por qué yo, que siempre me consideré una persona sana?, y seguía preguntándome sin obtener respuesta. Fue un fin de semana interminable.

A diferencia de las otras veces, llamé inmediatamente al especialista. Esperaba el resultado de la biopsia, la cual según mis conocimientos, daría un diagnóstico más exacto.

El resultado fue: "congestión de células", o algo así. A pesar de estar muy preocupada, debía manifestar lo contrario por la tranquilidad de mis hijos y de mi esposo. Este hombre, que hacía lo imposible para que me sintiera bien, llamó a mi mejor amiga, quien llegó sin demora. Ella explicaba..., me recordaba personas que

habían tenido el mismo problema, pero por desgracia en ese momento el diagnóstico me lo habían hecho a mí... No era fácil aceptarlo.

Asistí a la cita médica. Efectivamente se confirmó el diagnóstico. Hasta ese momento, aún guardaba una esperanza, ¡cuán difícil resulta aceptar una realidad tan dolorosa...! El médico me explicó las radiografías y el tamaño de la masa y confirmó la sospecha que tuvo cuando no pudo hacer la endoscopia. Sobreponiéndome a mi desesperanza, consulté al médico la conducta a seguir y él me respondió: "Cirugía lo más pronto posible". Comprendí la urgencia del tratamiento: sin embargo, pregunté si no la podría aplazar para el final del próximo mes, porque al regresar de vacaciones "tendría muchas actividades pendientes". El médico hizo énfasis en la urgencia de la cirugía y viendo mi ansiedad, trató de tranquilizarme diciendo que a pesar del tamaño del tumor, me favorecían la edad y estado físico. Yo le suplicaba que por favor no me hicieran colostomía; preguntaba una y otra vez el tiempo de la incapacidad y le suplicaba que no me fuera a dejar morir...

A partir de ese momento, el médico fue la persona más cordial. Su actitud fue tan segura que no dio lugar a una respuesta negativa a la decisión tomada. Enseguida pidió la sala de cirugía, ordenó los exámenes prequirúrgicos y una droga para aumentar las proteínas, por cierto muy desagradable. Me explicó la cirugía y el tiempo de duración que sería más o menos de 6 horas. ¡Terrible! ¡6 horas bajo el efecto de la anestesia! Finalmente hizo énfasis en mi responsabilidad para poder salir adelante.

Se terminaron las vacaciones... Disponía sólo de dos días para los exámenes ordenados. Afortunadamente la colaboración de la enfermera de la Caja de Previsión de la Universidad Nacional abrevió los trámites.

Las personas que se habían enterado de mi estado de salud antes de salir de vacaciones, muy preocupadas, me preguntaban siempre: "¿Cómo se siente?, ¿qué le dijo el médico?". Yo no era capaz de contestar, y terminaba en llanto.

Llegó el día de la hospitalización. La despedida de los hijos fue terrible, mi esposo entraba, salía, pero sin decir nada; sentía que no podía soportar más, sin embargo, tenía que demostrar tranquilidad y optimismo. Al salir de la casa, después de dar las instrucciones correspondientes, pasaron por mi mente muchas inquietudes: ¿Cómo volveré? ¿Podré disfrutar nuevamente del cariño y compañía de mis seres queridos? No encontré respuesta, aunque siempre conté con el optimismo y apoyo de mi esposo. Ingresé a la clínica. En el interrogatorio la enfermera descubrió que yo era una colega. Con lágrimas en los ojos le pregunté sobre la cirugía y me respondió como otras personas: "Tranquila, no hay problema, todo saldrá bien", en fin, frases que se dicen con frecuencia a los pacientes. ¿Sabría la enfermera lo que yo realmente necesitaba en ese momento? Uno desea saber sobre la cirugía, dónde realizarían la incisión, cuál sería la reacción a la anestesia, qué pasaría en el postoperatorio... Como docente pensaba... ¿Esto es lo que enseñamos a nuestras estudiantes? ¿Es posible que haya tanta indiferencia y alejamiento? Era yo sólo un "caso" con mal pronóstico.

En la mañana de la cirugía me dieron la premedicación correspondiente. Mi esposo no se separó ni un momento. Como no tenía cuidados especiales, la en-

fermera no se presentó en la habitación. ¡Qué falta hace en esos momentos un verdadero acercamiento a la persona, la manifestación de un interés genuinamente humano por parte del profesional de enfermería! Al entrar a la sala de cirugía, aunque somnolienta, alcancé a ver al médico, ¡qué alegría sentí! Ahora estaba más segura; confiaba profundamente en él, le insistí, “no me vaya a dejar hacer colostomía”. El solamente sonreía. A las 8 de la noche desperté en la habitación, rodeada de mis seres queridos. Tenía mucho dolor. Una de mis amigas estaba dispuesta a acompañarme durante la noche, ¡qué enfermera tan comprensiva y dedicada!

El postoperatorio pasó sin novedad. En ningún momento olvidé mi responsabilidad ante el tratamiento; realmente el médico tenía razón, todo dependía de mí.

Ahora surgían nuevas inquietudes. Quería saber el tamaño y características del tumor. Si había otros órganos afectados. Qué clase de tratamiento tendría que seguir. Por informe del doctor, supe que el tumor era del tamaño de una toronja, con metástasis a un ganglio y debería seguir tratamiento con el cancerólogo. ¡Cáncerólogo! Qué dura sonó esta palabra.

En esta etapa en realidad estuve bien acompañada, la mayoría de mis colegas se hicieron presentes y sentí muy de cerca el aprecio de todos ellos. Una vez dada de alta, felizmente regresé a casa donde mis hijos y mi esposo lloraban de alegría.

Terminados los controles postoperatorios, visité al inmunólogo, quien me advirtió la conveniencia del tratamiento adicional con quimioterapia, el cual no hubiera sido necesario si me hubiera hecho operar un año antes. Sentí escalofrío al pensar en los efectos colaterales. Recordé las consecuencias en una profesora a quien se le administraba quimioterapia y me imaginé sufriendo las mismas reacciones, como caída del cabello, trastornos gastrointestinales.

No era capaz de decidir por mí misma. Consulté a las compañeras de trabajo, busqué la asesoría de las colegas de cancerología, quienes me dieron todo su apoyo con las explicaciones sobre la terapéutica, efectos y tiempo de duración. Después de varios días estaba dispuesta a iniciar el tratamiento.

Sin embargo, de nuevo regresé a pedir ayuda al cirujano pero en realidad la decisión debía tomarla yo. Finalmente, me decidí con la esperanza de que quizá los efectos de la droga se retardarían, no serían muy notorios y tal vez llegaría a tolerarlos.

Actualmente estoy recibiendo la terapia y hasta ahora he sufrido solamente la caída del cabello no tan acelerada, algunos trastornos gastrointestinales y manchas en la piel.

Si no supiera que este tratamiento es lo óptimo para lograr una mejoría, ya hubiera renunciado a él. Por suerte, la comprensión y amor de mi esposo, de mis hijos y el deseo de vivir y además de que el trabajo ha sido una terapia, que aunque en ocasiones me impide cumplir algunos compromisos, han evitado la depresión a que me hubiera llevado el pensar solamente en mi situación de salud.

Los propósitos de este relato son dar a conocer las circunstancias vividas frente a una enfermedad que avanzó, quizá porque una persona que siendo enfermera no supo dejar de lado las obligaciones laborales para preocuparse a tiempo por los síntomas que tal vez tratados oportunamente no hubieran requerido soluciones tan drásticas y también el de recordar que no debemos recurrir a automedicarnos, valiéndonos de nuestros conocimientos. El cáncer es una enfermedad que avanza rápidamente, no respeta edad, profesión ni aun a las personas que han gozado de buena salud.

Esta experiencia me hizo reconocer una vez más el papel tan importante de la enfermera en la identificación de las necesidades de cada persona para dar ayuda oportuna, cálida y especial según el estado de cada paciente.

Hasta aquí he recorrido gran parte de la solución que requería mi problema y aunque me siento bien, no dejan de surgir inquietudes sobre mi situación una vez termine la quimioterapia. Sé positivamente que aún tengo necesidad de contar con el apoyo de todas aquellas personas de quienes hasta hoy he recibido comprensión, amistad y cariño.